

“Insumisos y lectores de teólogos sospechados”.
El Seminario Arquidiocesano de Rosario en la crisis postconciliar

*Nora M. Arrighi**

Fecha de Recepción: 15 de Mayo de 2020

Fecha de Aceptación: 30 de Julio de 2020

DOI: <https://doi.org/10.46553/RGES.56.2020.p.87-110>

Resumen

Este artículo es una aproximación al conflicto entre el clero y la jerarquía de la Iglesia Católica en Rosario a fines de la década del sesenta. Hace foco en los actores sociales vinculados al Seminario Arquidiocesano San Carlos Borromeo, situado en la localidad de Capitán Bermúdez. Se sostiene en los resultados de un relevamiento de materiales provenientes de la biblioteca del Seminario y en información recogida de un elenco de entrevistas a habitantes contemporáneos a este proceso en dicha localidad.

Palabras clave: Concilio Vaticano II; Arquidiócesis de Rosario; Seminario San Carlos Borromeo; Sacerdotes Renunciantes

Abstract

This article analyzes the conflict between the clergy and the hierarchy of the Catholic Church in Rosario in the late sixties and that led to the resignation of a third of the presbytery. It focuses on the social actors linked to the San Carlos Borromeo Archdiocesan Seminary located in the town of Capitán Bermúdez. It is based on the results of a survey of materials from the seminary library and on information collected in a set of interviews with contemporary inhabitants of that process in the town of Capitán Bermúdez.

Keywords: II Vatican Council; Archdiocese of Rosario; Seminary San Carlos Borromeo; resigning priests

Introducción

El intento de abordaje de la historia reciente conlleva varias problemáticas. Una, sin duda, es el criterio para delimitarla; la otra, la incertidumbre sobre la objetividad. Ante lo primero podemos sostener que, aunque los acontecimientos a analizar en este trabajo hayan transcurrido hace medio siglo, presentan supervivencias y reflejos en la cotidianeidad, con una fuerte significación para algunos sectores de la sociedad, un sentimiento respecto a procesos no acabados, que se manifiestan en forma acentuada en algunos testimonios y emergen, aunque con matiz diferente, en disputas actuales en el seno del catolicismo argentino. Sin lugar a dudas, es un pasado que no termina de pasar.

La segunda cuestión se inscribe en un conocido debate teórico y metodológico. La historia oral no se contrapone al uso del documento escrito, sino que ambos se complementan

* Instituto de Historia, Facultad de Derecho y Ciencias Sociales del Rosario, UCA. norarrighi@gmail.com

en el proceso de investigación; la entrevista indaga en aquello que no se encuentra en las fuentes documentales existentes, busca lo que sólo se puede encontrar a partir del relato oral y en el marco de una interacción entre el protagonista y el investigador. En los sujetos que recuerdan surgen visiones en conflicto y a menudo apasionadas, así como relatos contrapuestos, conclusiones que parecen fundarse en terrenos movedizos, en los que subyacen relaciones de poder y pujas por alcanzarlo o conservarlo. Tanto la Historia Reciente como la Historia Oral asumen la subjetividad como parte del ejercicio de la memoria, y a la multiplicidad de testimonios resulta inevitable el devenir de narrativas diversas, con las consecuentes contradicciones que esto implica.

El investigador interroga a ese abanico de relatos, contando desde ya con la certeza de la imposibilidad de obtener una versión definitiva e indiscutible de la historia, lo que no implica relatividad sino provisionalidad. La historia que se escriba será reelaborada en el futuro porque, transcurrido el tiempo, los protagonistas directos ya no van a tener la oportunidad de dar su testimonio y aquí es donde adquiere sentido la historia oral, en la medida que sea instrumento de resguardo de experiencias que podrían quedar cautivas del soslayo, la negación o el olvido en el devenir de las generaciones.

Como se conoce, el desacuerdo se sitúa en el escenario de las reformas postconciliares a mediados de los años sesenta del siglo pasado, y tiempo después, eclosionaría en una jurisdicción eclesiástica marcada por un fuerte conservadurismo y, en el plano social, conmocionada por el clima general de movilización y lucha especialmente intensas, en una región de carácter eminentemente industrial. El trasfondo de los conflictos postconciliares ha sido trabajado desde diversas perspectivas y ha dado lugar a numerosas investigaciones, entre las que sobresalen los aportes de José Zanca¹ en la caracterización de las corrientes de pensamiento del catolicismo argentino en el Siglo XX; asimismo, la descripción de la formación sacerdotal en los años 60 y 70 en contraste con los aires conciliares que aporta Néstor Auza²; como también, los enfoques de Roberto Di Stéfano³ y Loris Zanatta³ con respecto a las causas del conflicto entre el clero joven y la jerarquía en el contexto argentino y latinoamericano. Recientemente, el trabajo de Darío Casapíccola, *La Iglesia Partida*,⁴ ofrece una pormenorizada descripción del conflicto eclesial rosarino.

Sobre la base de una cuidadosa revisión bibliográfica se confeccionó y se llevó

¹ José Zanca, *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006), pp. 137-138.

² Néstor Tomás Auza, *La Iglesia Argentina* (Buenos Aires: Ciudad Argentina, 1999).

³ Roberto Di Stéfano y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia Argentina* (Buenos Aires: Sudamericana, 2000).

⁴ Darío Casapíccola, *La Iglesia Partida* (Buenos Aires: Logos, 2016).

adelante una decena de entrevistas a actores sociales ligados al seminario arquidiocesano, situados en posicionamientos y roles diferentes: sacerdotes, ex seminaristas, formadores del clero y laicos, a fin de construir una narrativa representativa que, por ahora, es preliminar.

La vinculación de las comunidades locales con el Seminario ha sido siempre bastante intensa, a través de la articulación y apoyo en actividades pastorales; de allí también la importancia de la mirada del laicado sobre la crisis. Resultó, en efecto, muy significativo poder disponer de fondos documentales del archivo del Seminario, tales como la *Revista Simiente*, publicación interna, editada desde 1950 y destinada a relatar las alternativas de la Iglesia mundial, nacional y local, a la vez que brindar artículos formativos dirigidos a familias y comunidades. Esta publicación, cabe agregar, permitió obtener datos cualitativos a la luz del análisis de los contenidos de sus notas. También fue de gran ayuda contar con registros del número de alumnos y formadores correspondientes a los años 1968-70, que se guardan en el archivo institucional.

La problemática planteada a partir de este escenario consiste en determinar en qué medida la ruptura al interior de la Arquidiócesis coadyuvó a la profundización de corrientes católicas de pensamiento enfrentadas, para así explorar cuáles son las memorias que coexisten en torno al conflicto en el seno del Seminario Arquidiocesano. En una primera aproximación, los actores expresaron versiones diversas; y en ese sentido, procuramos abordar este análisis con plena conciencia de que, en etapas de confrontación como la elegida, conviven memorias dominantes, pero también memorias subterráneas, que dan cuenta de ocultamientos, omisiones o ambigüedades en la memoria colectiva. Esta evocación subterránea remite a un pasado al que le fue impuesto el olvido (deliberada o inconscientemente, intrínseca o extrínsecamente) debido a circunstancias de extremo dolor aunque, por esto mismo, demanda la necesidad de la rememoración, en virtud de una cierta búsqueda de verdad y de justicia para los protagonistas.⁵ Como bien apunta Verónica López Tessore, “esos recuerdos prohibidos, indecibles, son celosamente guardados en estructuras de comunicación informales y pasan desapercibidos por la sociedad en general. La frontera entre lo decible y lo indecible, lo confesable y lo inconfesable, separa, en nuestros ejemplos, una memoria colectiva subterránea de una memoria colectiva organizada que resume la imagen de una sociedad mayoritaria”.⁶

⁵ Michael Pollak, *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite* (La Plata: Al Margen, 2006).

⁶ Verónica López Tessore, “De silencios, olvidos y memorias ‘invisibles’: el caso de las experiencias católicas ‘liberacionistas’ en Rosario”, *Historia Regional*. Sección Historia. ISP N° 3, Villa Constitución, Año XXX, N° 36 (enero-junio 2017), pp. 45-57.

El establecimiento del Seminario Arquidiocesano en Capitán Bermúdez

La Iglesia Católica en Argentina fue recuperando el prestigio y el espacio social que se había debilitado durante la etapa liberal-conservadora e incluso en la del laicismo radical. En líneas generales, la jerarquía católica de los años 30 adhirió a la postura del nacionalismo católico, la cual revalorizaba la cristiandad hispánica y un modelo institucional con fuerte acento en la romanización, acorde con el dogma de la infalibilidad papal (establecido en 1870), que aseguró el primado de Roma por sobre las iglesias locales. Por tanto, esta postura se caracterizaba por una férrea fidelidad al Sumo Pontífice, por una visión de la iglesia como sociedad perfecta, el combate contra la secularización, el clericalismo y la consecuente distancia entre clero y laicado, el cual debía estar sujeto a la autoridad del primero. Si bien es cierto que el nacionalismo católico no fue el único terreno que identificó al clero y al laicado argentino, pero sí el más fuerte y representativo en la jurisdicción rosarina durante la etapa que enfoca este trabajo. Considerar esta línea de pensamiento, cuya influencia ha sido notoria en la organización de la diócesis, otorga herramientas para la comprensión del conflicto que se desatará tres décadas más adelante.

Así pues, como evidencias externas de este modelo eclesial podemos evocar las solemnes ceremonias litúrgicas del Congreso Eucarístico de 1934, que consolidaron un catolicismo de masas; como también la decisión del Papado de atenuar la autonomía de las diócesis y favorecer el envío de aquellos seminaristas más notables para que se formasen en sus centros teológicos, entre los que destacaba el Pbro. Antonio Caggiano. De modo que, cuando en 1934, se constituyó la Diócesis de Rosario, a partir del desmembramiento de la zona sur de la Diócesis de Santa Fe, Caggiano sería nombrado obispo. Con él, en suma, emergió un verdadero estilo principesco (algunos testimonios lo denominaron *paccelliano*), caracterizado por el encumbramiento de su autoridad, el ejercicio de una hábil diplomacia y la vinculación con sectores de poder político y económico.

En particular, una de las mayores preocupaciones de Caggiano era la formación del clero, de modo tal que se comprometió con denuedo en la construcción del Seminario. Este gesto constituía un anhelo generalizado en un contexto de expansión eclesial, como se puede leer en el siguiente fragmento de una carta dirigida al Obispo en julio de 1937, por parte de la Comisión del Clero Diocesano: “Y bien: Rosario aún no tiene Seminario. Debe tenerlo porque lo exige su importancia material, porque lo reclama su jerarquía espiritual, y porque lo pide suplicante nuestro amado Obispo (...) no dudamos de que este propósito encontrará la más

favorable acogida en el generoso corazón de todos los habitantes de la Diócesis de Rosario”.⁷

En sintonía con esas ideas, se inició la edificación del Seminario Diocesano, cuyos objetivos se dirigían a fortalecer el catolicismo reforzando las estructuras institucionales, centralizando la autoridad, y jerarquizando la formación intelectual y espiritual de los futuros sacerdotes. En 1936 se firmaron las escrituras del terreno sobre el que se erigiría el edificio, en el pueblo de Juan Ortiz, actual Capitán Bermúdez, que desde 1930 había dejado atrás su perfil rural de horticultores y chacareros, y ya se insinuaba, a partir de la instalación de la papelera Celulosa Argentina, como poblado fabril capaz de atraer un importante flujo migratorio.⁸ La sociedad, por aquella época conformada por un importante número de inmigrantes italianos, en su mayoría abruzzeses, vio con beneplácito el proyecto. La casa de formación se emplazó en un terreno de 140 m. de frente por 1200 m. de fondo, una franja cuya superficie abarca 49 hectáreas entre la Ruta 11 y el Río Paraná.

Desde entonces, el Seminario ejerció una enorme influencia en la localidad y sus alrededores; y aportó una fuerte presencia diocesana, puesto que los sacerdotes formadores se vinculaban con las actividades de las parroquias y capillas aledañas; como, por ejemplo, en novenas y fiestas patronales, en actividades colaborativas para la pastoral, llevadas a cabo tanto por los Misioneros de los Sagrados Corazones, en la Parroquia San Roque, como con las Hermanas de la Inmaculada de Génova, desde la Capilla del Colegio Ntra. Sra. de los Milagros (ambas congregaciones de origen italiano).

Puntualmente, el 16 de abril de 1939 tuvo lugar la apertura oficial del seminario; concurrieron numerosas autoridades eclesiásticas, militares y civiles. Los seminaristas diocesanos habían arribado unos días antes, tal como se indica en el diario que llevaban los *formandos*.⁹ Monseñor Caggiano pensó llamarlo *Pío XI*, en honor al Papa que había creado la diócesis y lo había designado Primer Obispo (gesto que quedó plasmado en la colocación de la piedra fundamental, el 2 de octubre de 1937). Poco tiempo después, en un encuentro con el propio Papa en Roma, éste se opuso a tal decisión, y de ahí sugirió para la obra el nombre de San Carlos Borromeo, patrono de los seminarios, conocido por su celosa labor en la santificación del clero, como Arzobispo de Milán durante el siglo XVII.

La imagen de Caggiano, representada artísticamente en mayólica en la galería del Seminario, no pasa inadvertida. Revela un personaje de numerosas facetas: el aplicado

⁷ *Revista Aniversario 75 Años. Seminario San Carlos Borromeo (Rosario, 2014)*, p.7

⁸ Pablo Sapei y Mariángeles Acosta, “Laboro per la Celulosa. Apuntes en torno a la inmigración abruzzesa al por entonces pueblo de Juan Ortiz”, ponencia presentada en *IV Congreso de Historia de los pueblos de la Provincia de Santa Fe* (Esperanza, 2005), pp.11-15.

⁹ *Revista Aniversario 75 años*, p. 11

sacerdote corondino enviado a los 30 años a Roma para estudiar la organización de la Acción Católica, de la cual fue Asesor General en 1931; el hombre que dos años más tarde conduciría el Vicariato Castrense; el pastor en 1934 de Rosario y, finalmente, el elegido en 1946 para ser exaltado al Cardenalato por Pío XII. Asimismo, se representa la figura que en 1955 llegaría a presidir la Conferencia Episcopal Argentina, y quien en 1959, dejaría Rosario en manos de Monseñor Silvino Martínez para asumir el Arzobispado de Buenos Aires.

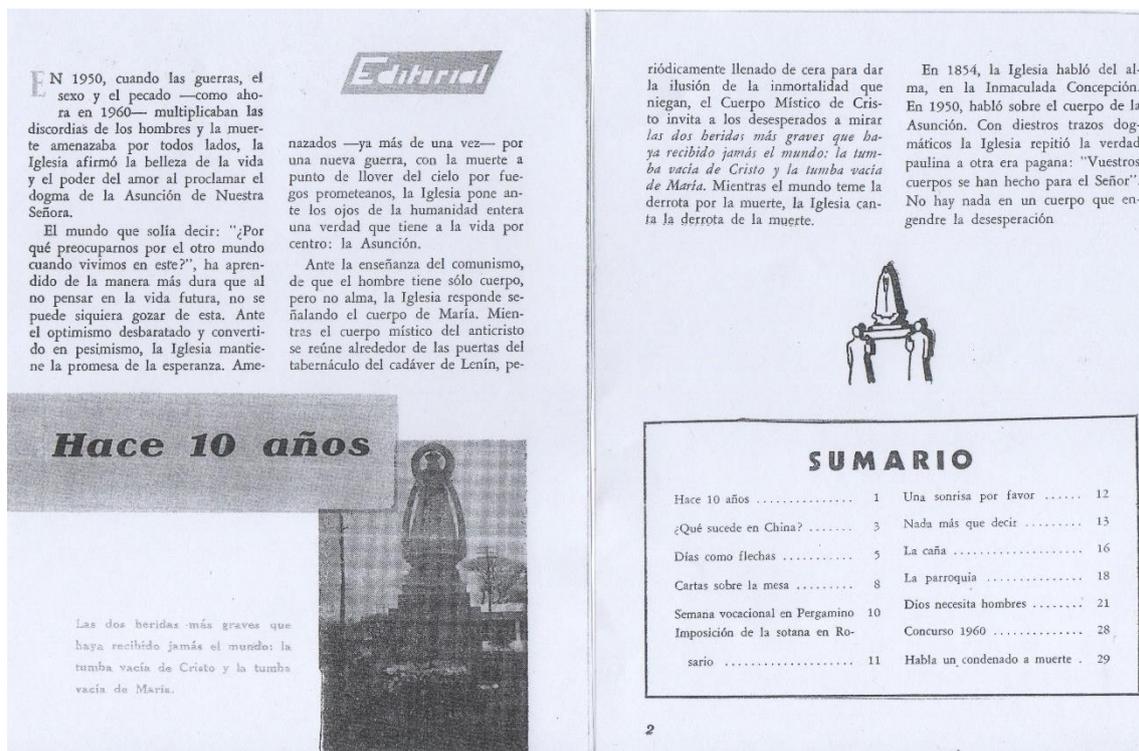
Visiblemente, su impronta fue delineando la diócesis, y perduraría más allá de su partida de la jurisdicción eclesiástica. Al respecto, cabe una digresión: en una sala especial del seminario, designada como museo, se resguardan algunos de sus objetos personales, que reflejan una época y un estilo: su sillón, su vajilla y sus ornamentos litúrgicos, entre otros. El afecto al seminario, que consideraba obra suya, queda manifiesto en este fragmento de la última carta dirigida al entonces rector Pbro. Mario Maulión, escrita desde su lecho de enfermo al cumplirse 40 años del Seminario:

Muy grato ha sido para mí su recuerdo, al cumplir 40 años de ininterrumpida formación sacerdotal el Seminario Arquidiocesano “San Carlos Borromeo”, que me ha hecho llegar en nombre de todo el Seminario y todos sus ex alumnos y sacerdotes.(...) Pero hoy afloran en mi mente los juveniles años, llenos de vigor, en que como Obispo de Rosario comprendí que lo primero y principal era iniciar los trabajos para que la diócesis tuviera su Seminario propio, funcional, alegre, lleno de luz y hermo­seado por un extenso parque que sirviera de protección y belleza. Además de esa estructura exterior me esforcé por infundirle una especial vida interior y un elevado nivel intelectual. Todo el Seminario fue hecho por amor a la Iglesia. Por eso el Señor lo ha bendecido aún en las duras crisis donde vimos con dolor que otros seminarios debieron cerrar sus puertas. El Seminario es de la Iglesia, es de la Diócesis, es vuestro. Cuidadlo. Es el Cenáculo que el Señor necesita para sus discípulos.¹⁰

En sus comienzos, la dirección y formación académica y disciplinar estuvieron a cargo de los Padres Bayoneses de Bétharram, y más tarde, fueron nombrados miembros del clero diocesano. Hacia mediados del siglo XX, la línea pastoral insistía en mostrar los males que aquejaban al mundo moderno desde la óptica de Caggiano: la permisividad en las costumbres,

¹⁰ “Carta de Monseñor Dr. Antonio Caggiano al Seminario San Carlos Borromeo”, publicada en *Revista Simiente*, 40° Aniversario (1979), p. 15.

el materialismo, los riesgos que implicaba el desarrollo científico-tecnológico y el avance del comunismo como enemigo de la fe; tópicos que se reiteran y aparecen impresos en las páginas de la *Revista Simiente*, editada —como ya se apuntó— en el mismo Seminario desde 1950 por iniciativa del sacerdote Ignacio Aparicio y destinada a la pastoral vocacional. Tal publicación alcanzó difusión en todo el país y contó con corresponsales de diferentes diócesis.



Editorial de la Revista Simiente, N° 78, agosto de 1960.

En ese contexto, el rol del laicado desde la concepción de Caggiano se encorsetaba dentro de la obediencia a la jerarquía, tal como un disciplinado ejército. La Acción Católica Argentina se organizó con esa lógica, dividiendo sus cuadros de acuerdo a edad y género. Refiriéndose a ella, Caggiano escribiría años más tarde: “Ante todo, hay que restaurar el concepto de obediencia, presentándolo como un valor tradicional necesario en el orden de las relaciones naturales con nuestros semejantes...dentro del ámbito eclesial”.¹¹

El grado de autenticidad del servicio de los laicos y el funcionamiento ordenado del presbiterio están dados, en esta concepción, de manera proporcional a la adhesión a los lineamientos de la jerarquía. Estos rasgos conformaban un estilo identitario de la diócesis y, de algún modo, preanunciaban los conflictos que habrían de acaecer en la etapa conciliar y

¹¹ Antonio Caggiano, “Actualidad y estructura eclesial de la Acción Católica Argentina”, en *AICA*, Doc. 14 (1971); citado por Mauricio López, *Los cristianos y el cambio social en la Argentina* (Buenos Aires: Alfa, 1989), p. 139

postconciliar, cuando el sucesor de Caggiano los elevara a su máxima expresión.¹²

Sin embargo, el universo ideológico del catolicismo argentino no puede considerarse homogéneo ni mucho menos, monolítico. Desde mediados del siglo veinte, una corriente de tipo liberal progresista, humanista, emergía abjurando de aquel integrista tradicional, y en efecto, subrayaba la urgencia de cambios que debían operarse especialmente en los sectores dirigenciales si se quería evitar la crisis a la que, sin dudas, se encaminaba la sociedad condenaba, en forma equitativa, tanto al marxismo como al capitalismo liberal, a la vez que reconocía la autonomía de lo temporal aceptando la separación entre iglesia y estado. A esta línea adhirieron representantes de la jerarquía como los obispos Antonio Quarracino y Juan Carlos Aramburu. Sintetiza el filósofo Mauricio Amilcar López, rector por entonces de la Universidad de San Luis: “Por esto mismo, no es de extrañar, que al comienzo de la Revolución Argentina en 1966, varios de los obispos levantasen su voz de alerta frente al hecho de una unión estrecha entre el gobierno y la iglesia”.¹³

Una tercera vertiente de pensamiento católico es posible identificar a mediados de la década del 60, derivada del progresismo: la llamada línea popular o católica liberacionista; minoritaria en el Episcopado, pero con numerosos adherentes en las nuevas generaciones de sacerdotes. Priorizaban el contacto con los más débiles y marginados, y proponían una lectura de la realidad desde una perspectiva que revalorizara la religiosidad del pueblo. Como representantes de esta tendencia encontramos a obispos de diócesis pobres, tal es el caso de Enrique Angelelli de La Rioja, de Alberto Devoto de Goya, de Italo Di Stéfano del Chaco, entre otros.

Suelos movedizos: Concilio y Postconcilio en Rosario

El acontecimiento del Concilio Vaticano II avivó los desafíos del *aggiornamento*, los que, conforme a la prudencia, se plantearon desde la Santa Sede como un proceso que debía darse en forma evolutiva, de manera tal que no afectase la unidad, la doctrina ni los principios jerárquicos, y con la certeza de que se debía brindar respuesta a las demandas del mundo moderno. Esta orientación resonó de modo diverso en el Episcopado Argentino: hubo posicionamientos dispares en cuanto a lo pastoral, lo teológico o lo social, y además, no siempre resultaron posturas sostenidas en el tiempo puesto que presentaban claras fluctuaciones, incluso en una misma persona. En general, al decir de Darío Casapíccola, los obispos argentinos se caracterizaban por su “papismo”, es decir, su actitud de sumisión a la

¹² Alejandro Mayol, *Los católicos posconciliares en la Argentina* (Buenos Aires: Alfa, 1970), p. 61.

¹³ Mayol, *Los católicos...*, p. 151.

burocracia romana.¹⁴

No obstante, las bases demandaban actitudes diferentes. Un sector no menor del clero argentino esperaba no sólo la concreción de las reformas en el plano litúrgico y catequístico, sino que veía la necesidad de renovar la institución eclesial; en particular, el llamado “estilo sacerdotal”, lo cual implicaba la superación de la dicotomía entre Iglesia y Mundo,¹⁵ priorizar la formación científica y teológica del clero en sintonía con los lineamientos conciliares y, fundamentalmente, dar impulso a un nuevo modo de vinculación entre presbiterio y obispos, ya no desde un rol de subordinados sino de cooperadores del orden episcopal.

Son representativas de estas demandas las reuniones realizadas en Quilmes en 1965¹⁶ y en Chapadmalal en 1966.¹⁷ Los hechos se sucederían derramándose en desencuentros: jerarquía fracturada, clero dividido y en rebeldía, crisis vocacional, laicado desorientado o disconforme y un profundo enfrentamiento generacional, de índole cultural y política. Así lo describen Di Stéfano y Zanatta, al situar el origen de la ruptura en la Iglesia argentina antes que en el Concilio Vaticano en sí; particularmente, en la Conferencia de Medellín, en su perspectiva radical de la opción preferencial por los pobres y una pastoral liberadora tanto en sentido espiritual como social y político. Este clima terminó por disparar las tensiones que resquebrajaban desde tiempo atrás el mito de la nación católica.¹⁸ Claramente, el contenido del Documento de Medellín, conocido también como *El Concilio Latinoamericano*, anunciaba un horizonte de desafíos para la iglesia argentina, en el singular contexto político de fines de los sesenta.

El interrogante que deriva de este escenario germina en la magnitud del conflicto y de su impacto en la sociedad en general. Según la óptica de Gerardo Farrell, esta fragmentación no involucró más que a una décima parte de los argentinos, formada por quienes acudían a los servicios religiosos, por lo cual, la mayoría de la población que se identificaba con el universo católico no tuvo conciencia de ello.¹⁹ Sin embargo, aun teniendo en cuenta su limitada

¹⁴ Darío Casapícola, *La iglesia partida. Rosario: la crisis de 1969* (Rosario: Logos, 2016), p.67.

¹⁵ “II Conferencia del Episcopado Latinoamericano”, *Documento de Medellín* (Buenos Aires: Ediciones Paulinas, 2005), pp.105-108.

¹⁶ En junio de 1965, Podestá, Quarracino, y unos ochenta sacerdotes se reunieron en el llamado *Pequeño Concilio de Quilmes*. La convocatoria había surgido de los equipos sacerdotales que venían trabajando desde el año anterior en Capital Federal, Gran Buenos Aires, La Plata, San Nicolás, Mercedes, Nueve de Julio, Azul y Mar del Plata. En esta instancia, se debatió sobre el lugar de los sacerdotes frente a los laicos, a la Iglesia y, en suma, frente al mundo.

¹⁷ En los albores del *Onganiato*, se reunieron unos setenta sacerdotes con el fin de analizar la situación del país y la realidad eclesial en aquel contexto. Uno de los protagonistas fue el teólogo Lucio Gera, del Seminario de Villa Devoto.

¹⁸ Roberto Di Stéfano y Loris Zanatta, *Historia de la Iglesia Argentina* (Buenos Aires: Sudamericana, 2000).

¹⁹ Gerardo Farrell, *Iglesia y pueblo en Argentina. Historia de 500 años de evangelización* (Buenos Aires: Patria Grande, 1992), pp. 211-212.

repercusión, el sismo que movía las estructuras eclesiales se sumó como un aporte más al clima de efervescencia extendido. En el orden nacional, la segunda mitad de la década del 60 se encontraba signada por el fenómeno de la politización de los sectores medios, una movilización que alcanzó también al ámbito eclesial, tanto en el laicado como en el clero. Parte de este último, manifestaría un desempeño protagónico en la resistencia al régimen militar de la Revolución Argentina; indicio de una grieta ya que algunos actores del gobierno de facto también esgrimían credenciales de pertenencia a la Iglesia.

Si nos ceñimos a Rosario, el clima conciliar adoptó características propias teniendo en cuenta los actores que protagonizaron el período. La diócesis había sido gobernada por Silvino Martínez de manera fugaz dado que ocupó el sillón episcopal en 1959 y falleció en 1961. Luego, le sucedió Guillermo Bolatti, un descendiente de piamonteses, oriundo de la localidad de Vicuña Mackenna. Definido como un hombre de gran capacidad organizativa y administrativa, muy austero y disciplinado en materia institucional, aunque con rasgos difíciles de carácter, pertinaz y obcecado. A propósito, algunos testimonios lo recuerdan como una persona de limitada capacidad para el diálogo e intolerante al disenso.²⁰ Vale decir que a lo largo de su proyecto pastoral desplegó una amplia labor destinada a multiplicar la presencia católica al ir creando vicarías en zonas periféricas e impulsando el movimiento de Cursillos de Cristiandad, de marcado estilo conservador.

Por lo demás, Bolatti participó de las convocatorias efectuadas durante los cuatro años que duró el Concilio Vaticano II. En su discurso más categórico, ofrecido el 23 de octubre de 1964, se refirió al comunismo como un peligro “muy grande”, una herejía, en tanto que solicitaba que en los documentos conciliares se lo declarara como intrínsecamente contrario a la doctrina católica.²¹ En referencia a los cambios litúrgicos que se propusieron, guardaba sus reservas en cuanto a la forma de aplicación de los mismos. Sobre este tema, solía mantener charlas de buen grado con los sacerdotes Francisco y Luis Parenti, oriundos de Arroyo Seco y actores importantes en el conflicto clerical rosarino. El primero se desempeñaba como docente en el Seminario y en la Facultad Católica de Rosario; el segundo, llegó a ser vicario de la comunidad de San José Obrero en Capitán Bermúdez, y posteriormente, ayudante en la Parroquia de la Merced en Saladillo. Al versar el diálogo sobre la incorporación de las reformas, el obispo sostenía una actitud al parecer prudente, o vista desde otro ángulo, dilatoria: “vamos a ver qué dice el tiempo”, solía advertir apostando, quizá, a la gradualidad

²⁰ Entrevista a Oscar Lupori, realizada el 8 de junio de 2012 en su domicilio de Barrio Ludueña, en la ciudad de Rosario, donde reside con su familia.

²¹ Arzobispado de Rosario. Recuperado de <https://delrosario.org.ar/guillermo-bolatti/>

en la aceptación de aquellas innovaciones en la Arquidiócesis.²²

Una de las resistencias más fuertes al *aggiornamento* en la mayoría de los obispos argentinos, entre ellos, el Arzobispo de Rosario, se generaba ante la propuesta de superación del verticalismo jerárquico por un principio de colegialidad, no sólo entre el Papa y los obispos, sino sobre todo, entre obispos y su presbiterio:

Un día invitaron a uno de los teólogos más famosos de la primera mitad del siglo, que es el alemán Karl Rahner. Trajo este tema de la colegialidad y lo fundamentaba, incluso, en el Evangelio, diciendo que Jesucristo había reunido doce primeros organizadores, así se los llamó: “El colegio de los doce apóstoles”. Entonces él empezó a explicar cómo del autoritarismo vertical quería pasar a una organización más horizontal, que aún no se ha logrado. Y lo extendió a la diócesis misma. El obispo debe reunir a sus sacerdotes, escucharlos, pedirles su opinión (...).²³

En esas condiciones, no resulta casual que el pensamiento de Bolatti, los rasgos de su personalidad y la impronta que Caggiano había impregnado a la Arquidiócesis, sumados al contexto de fuerte movilización política de fines de los 60 – de gran intensidad en la región que abarcaba la provincia eclesiástica– constituyeran de por sí detonantes de aquellas controversias. Por entonces, numerosos católicos eran capaces de afirmar que la sociedad y la iglesia atravesaban un cambio de época, pero la jerarquía no parecía preparada para cambiar lo secundario en pos de mantener lo fundamental... ¿Vinos nuevos en odres viejos? En verdad, el Concilio había finalizado en 1965 y llegaba la hora de poner en acto los lineamientos acordados en los documentos.

Las críticas a la falta de implementación de los cambios conciliares se desencadenaron en el llamado “corazón de la diócesis” de Rosario, es decir, en el Seminario. La efervescencia del Concilio llegaba a ese universo, hasta entonces impermeable, a través de algunos de sus formadores, quienes habían asumido la enseñanza de las nuevas perspectivas teológicas;²⁴ como Enrique Nardoni, profesor de Sagrada Escritura, Ernesto Sonnet y Felipe Doldán,

²² Entrevista a Oscar Lupori.

²³ Lydia González, Luis García Conde, *Monseñor Jerónimo Podestá. La revolución en la iglesia*, (Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2000), p.40.

²⁴ La información surge de una entrevista realizada al sacerdote renunciante Luis Parenti, quien había sido párroco de San José Obrero, de Capitán Bermúdez; anexada a la investigación presentada por Agustín Stojanovich, “De silencios y agitadores: apuntes sobre la construcción del otro negativo en el discurso y la prensa gráfica. Monseñor Guillermo Bolatti y los curas renunciantes. Rosario, 1969” (Tesis de grado, Universidad Nacional de Rosario, 2015), p. 94.

ambos profesores de teología dogmática, y Pablo Sudar, a cargo de la cátedra de Filosofía. Todos de gran solidez académica, y en el caso de Nardoni, además en el cargo de rector o prefecto de estudios del Seminario durante el período 1967-1968. Tres corrientes desembarcaron, entonces, en los claustros bermudenses: la corriente francesa, representada por Teilhard de Chardin y Jean Danielou; la de Santo Domingo, en la que se destacó Ives Congar, y la alemana, en la que descollaron Karl Rahner y Joseph Ratzinger.

El afán de renovación llevaba a los aspirantes al sacerdocio a abreviar en los documentos conciliares; primeros pasos para abrir la institución en consonancia con los aires conciliares y las expectativas de los seminaristas. Numerosos testimonios aseguran la emergencia de ese espíritu renovador y hasta asambleario, que se vivía en torno a esos estudios durante los veranos de la Casa de San Alberto, predio perteneciente a la Arquidiócesis, situado en Santa Rosa de Calamuchita. Allí, los seminaristas solían pasar habitualmente el mes de enero continuando su preparación,²⁵ cuando a solicitud de Pablo Sudar, estudiantes del “Mayor” (en alusión al cursado de Filosofía y Teología) se preparaban para luego exponer y debatir con los jóvenes del “Menor” (quienes cursaban sus estudios secundarios) acerca de los contenidos de la Constitución sobre la liturgia *Sacrosanctum Concilium* y el Decreto *Optatam Totius*, “La educación de los seminarios”, específico sobre la formación del clero; poniendo en tensión a ambos frente a la realidad latinoamericana y particularmente rosarina.²⁶

En efecto, esas iniciativas se plasmaron en exigencias de cambio y aceleración en la búsqueda de concretarlo. Los planteos comenzaron en el Seminario Mayor. Más exactamente, alrededor de 1967 un grupo de seminaristas envió una nota al Arzobispo con un crítico reclamo que solicitaba la adecuación de la enseñanza a una organización eclesial moderna y exponía la necesidad de impulsar experiencias pastorales en el mundo obrero. En esa oportunidad, Bolatti desplegó una estrategia de debilitamiento: no los recibió en grupo, sino que los convocó a una entrevista exclusiva. Los disidentes, por su parte, sostuvieron con intransigencia sus posturas, sin ceder a la propuesta de gradualidad en los cambios, ya que posiblemente intuyeran dilación. Según el testimonio de Monseñor Sudar, en aquella instancia se hacía evidente la influencia de actores externos al plantel de formadores del Seminario, en particular, algunos sacerdotes que apelaban a un proceso urgente de cambios y concreción del Concilio en la realidad rosarina. Sin olvidar, las tensiones del escenario político y social de la

²⁵ Entrevista al sacerdote Magín Páez, realizada desde Neuquén el 17 de octubre de 2017.

²⁶ Entrevista a Monseñor Dr. Pablo Sudar, teólogo, quien ejerciera funciones como profesor de teología y formador entre 1967 y 1969. Este diálogo tuvo lugar en el Seminario San Carlos Borromeo, el 29 de septiembre de 2017. Actualmente, continúa ligado a la casa de formación.

época que –como venimos exponiendo– sumaban complejidad al escenario. El resultado quedaría manifiesto en la partida de diecisiete seminaristas, de un total de cincuenta y nueve que cursaban los estudios.²⁷

Esta situación no fue la primera en el país, pues es posible identificar antecedentes en el reclamo de un grupo de seminaristas en Córdoba, quienes en 1962 habían exigido modificaciones en los planes de formación, en los enfoques teológicos e incluso en cuestiones de apertura a la realidad, como permitir el ingreso a la casa formativa de periódicos y radios; situación que desembocó en el relevo del rector del Seminario por parte del entonces Arzobispo Castellano y en el consecuente nombramiento para esa función de su auxiliar, Monseñor Enrique Angelelli. Asimismo, diferencias notorias en la mirada pastoral de ambos culminarán en 1965 con la renuncia de Castellano.²⁸ También Mendoza, en 1967 había sido sacudida por demandas sacerdotales que propugnaban la adecuación al Concilio, y sus exigencias emergían de un mismo foco: el seminario y los formadores partidarios de las corrientes teológicas innovadoras que impregnaron los documentos conciliares; teniendo en cuenta que los profesores desarrollaban su capacitación en universidades europeas como Lovaina, Roma o Friburgo, verdaderos focos de modernización de la época.

Los escenarios eclesiales continuaron convulsionados. En 1968, mientras nacía en el Encuentro de Córdoba el *Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo*, la Acción Católica Argentina de Rosario, anterior bastión de la defensa del orden jerárquico, cuestionaba el gobierno de la iglesia local, razón por que fue intervenida y acusada de “temporalista” por el propio Arzobispo. Pero el torbellino en la Arquidiócesis adquirió su máxima expresión en octubre del mismo año, al presentarse a su titular un documento de treinta hojas redactado en la casa del capellán de las Hermanas de Ntra. Sra. del Huerto por los presbíteros Armando Amirati, Francisco Parenti, Oscar Lupori y José María Ferrari, representantes de un colectivo sacerdotal que se encontraba avalado por más de treinta firmas. En el mismo, expresaban su disconformidad con el modo de conducción pastoral, pregonaban el acercamiento al mundo obrero, la condena explícita al capitalismo como contrario a la esencia del Evangelio y al deliberado retraso para efectivizar las reformas del Concilio. El texto, de carácter reservado, solicitaba una transformación profunda en la pastoral en sintonía con los lineamientos del Magisterio, en particular, con respecto a la participación sacerdotal en el diseño de la pastoral arquidiocesana.

Por su parte, Monseñor Bolatti, haciendo caso omiso al pedido de confidencialidad de

²⁷ Entrevista citada a Monseñor Pablo Sudar.

²⁸ Marcelo Magne, *Dios está con los pobres* (Buenos Aires: Imago Mundi, 2004), p. 62.

los firmantes del documento, lo hizo público al mes siguiente, en la Casa de Retiros Ntra. Sra. de Fátima, ante el Consejo Presbiterial, gesto que irritó sensiblemente a los solicitantes. Tras un fracasado diálogo entre obispo y sacerdotes, en noviembre estos últimos arremetieron con una carta a la Conferencia Episcopal Argentina, a la sazón presidida por Caggiano, en la que se aludía a Bolatti como “desobediente” de las directivas de la Iglesia Universal; apelativo que si no nos interpela, al menos resulta paradójico dado los principios de absoluta obediencia que éste manifestaba en su ideario y en su praxis. Desde la perspectiva de Pablo Sudar, protagonista de aquellos arduos entredichos, el núcleo teológico del conflicto se tensaba en la concepción de iglesia que identificaba a los actores en pugna:

Yo creo que fue un poco el tema de la comunión y la participación, los disidentes pedían una participación más consciente, más activa, del pueblo de Dios en la vida de la iglesia, porque hasta ese momento dependía mucho de una visión jerárquica. Tanto así que el Padre Congar la llama la “jerarcología”, la iglesia desde esa perspectiva se centra sobre todo en la dimensión autoritativa, y no tanto en la concepción de Pueblo de Dios, que justamente Lumen Gentium, en su Capítulo II, dice que es la dimensión concreta de la vida de la iglesia.²⁹

Por cierto, estos disidentes representaban un tercio del clero diocesano rosarino, constituido aproximadamente por 120 miembros en aquellos años. La mitad de ellos se alineaban junto al obispo, en tanto que un veinte por ciento simpatizaba con los rebeldes aunque no compartieran el extremismo de tal postura.³⁰

Desde el Seminario, hubo quienes asumieron la tarea de aproximar las partes con el propósito de evitar las renunciadas. El propio Pablo Sudar, junto a otros dos miembros del cuerpo docente, Mario Maulión y Livio Gorza, visitaron a los discrepantes uno a uno, pero ellos, tal vez rememorando aquella estrategia utilizada por el Arzobispo para dividir al grupo de seminaristas disidentes en el conflicto previo, se negaban a responder en forma individual. El paso siguiente, consistió en convocar a una reunión en la casa parroquial de la iglesia de San Pedro, Granadero Baigorria, localidad donde ejercía su ministerio uno de los firmantes del citado documento, el Pbro. Ernesto Sonnet, capellán también del Hospital zonal y profesor externo en San Carlos Borromeo. Oportunamente, a los mediadores se sumó el mismo rector de estudios, Enrique Nardoni.

²⁹ Entrevista citada a Pablo Sudar.

³⁰ Ángel Baltuzzi, *Cristianuchos: católicos en la política* (Buenos Aires: Paso de los Libres, 2016), p.77.

En aquellas circunstancias, del grupo disidente emergió con claridad la interpelación de Francisco Parenti a los intermediarios, exigiéndoles una definición: “¿Ustedes ven valores evangélicos en nuestra actitud, o no? Si los ven, tienen que apoyarnos. Si no, se van”.³¹ Sin lugar a dudas, se vislumbraba un final abrupto.

Entonces, apelando de igual manera a términos durísimos, – según propias palabras del sacerdote Oscar Lupori–, Bolatti los desacreditó por “insumisos y lectores de teólogos sospechados de heterodoxia y filomarxismo”, uno de los calificativos más lapidarios que podía esgrimir desde su estructura de pensamiento.³² Con esa semblanza, partió a Roma. La respuesta papal fue instar a recomponer los canales de diálogo, pero a la vez, sostener la autoridad de los obispos como soporte de los ajustes conciliares. Tras ese propósito, el Vaticano nombró de mediadores a los monseñores Antonio Plaza y Juan Carlos Aramburu, sin embargo, las gestiones no llegaron a buen término. De manera que la magnitud de esta crisis dividió las aguas de un modo nunca visto: escisiones a favor de uno y otro bando en las comunidades, en los movimientos y las instituciones católicas. Algunos se situaron a favor de los renunciantes, como Emaús y el Consejo de Jóvenes de Acción Católica; otros, en cambio, anteponían el principio de autoridad episcopal, como el Movimiento de Cursos. Los puntos más álgidos de este proceso de crisis, entre otros, fueron: la remoción del sacerdote español Néstor García de su Parroquia del Barrio Godoy Cruz, en 1968, junto a cuatro clérigos más de la OCHSA, la pena de suspensión “*a divinis*” para ejercer sus funciones religiosas que Bolatti impuso a los sacerdotes Francisco Parenti y José María Ferrari por apoyar al movimiento de resistencia al reemplazo de los anteriores y al desplazamiento del Pbro. Armando Amirati de Cañada de Gómez; estos últimos, hechos ocurridos ya a comienzos de 1969. Así las cosas, para marzo veintiocho sacerdotes habrían de ratificar sus renuncias dado que subsistían y se profundizaban las razones que las habían motivado.

Los acontecimientos que venimos describiendo llegarían a sacudir la estructura de la Arquidiócesis con pérdida de sacerdotes, no sólo en el aspecto numérico, también en cuanto a lo que esta situación representaba, pues la ruptura conllevó al éxodo de pastores de gran solidez teológica y arraigo popular; algunos de los cuales continuaron siendo referentes espirituales y sociales en el territorio, o bien, en otras jurisdicciones eclesíásticas donde procuraban continuar ejerciendo su rol. A propósito, el Movimiento de Sacerdotes para el Tercer Mundo, en un comunicado vertido al Episcopado en abril de 1969, le atribuiría

³¹ Entrevista citada a Pablo Sudar.

³² Entrevista citada a Oscar Lupori.

responsabilidad en la falta de solución al conflicto:³³ El documento final, con el que el colectivo sacerdotal rosarino selló su renuncia, hace alusión a un fragmento de Medellín, referido al marco en el cual debía darse la obediencia, aspecto que había sido absolutamente ignorado durante el proceso: “La adecuada corresponsabilidad entre obispos y presbíteros, pide el ejercicio de un diálogo, en el que haya mutua libertad y comprensión, tanto a los asuntos a tratar como a la manera de discutirlos”.³⁴

En el Seminario San Carlos Borromeo, de forma similar, se produjo a partir de 1969 un notorio éxodo en especial de teólogos que simpatizaban con las nuevas tendencias. En ese escenario, el arzobispo relevó de su cargo como rector de estudios del seminario a Enrique Nardoni, aduciendo un asunto de tipo doctrinal.³⁵ Aun así, continuó ejerciendo hasta 1970 como profesor de Sagrada Escritura (función que desempeñaba desde 1954), a la par que sostenía una cátedra en la Facultad de Filosofía y Letras de Rosario. Aquel mismo año, partió a Roma a iniciar el doctorado en Sagrada Escritura, y luego de acordar un contrato con los Padres Sulpicianos, se radicó en Estados Unidos. Dedicado a la enseñanza de teología bíblica en diversos Seminarios, Nardoni alcanzó a desplegar una fértil actividad intelectual al servicio de la iglesia. De igual modo, Felipe Doldán, otro de los teólogos especializados en estudios bíblicos, partió hacia tierras estadounidenses, convocado por la afluencia de seminaristas hispanos. Cabe agregar que, en tiempos próximos al fallecimiento de Nardoni, acaecido en 2002, se produjo un encuentro con Pablo Sudar en Dallas, ocasión que pudieron aprovechar para un intercambio sobre aquellos años turbulentos.

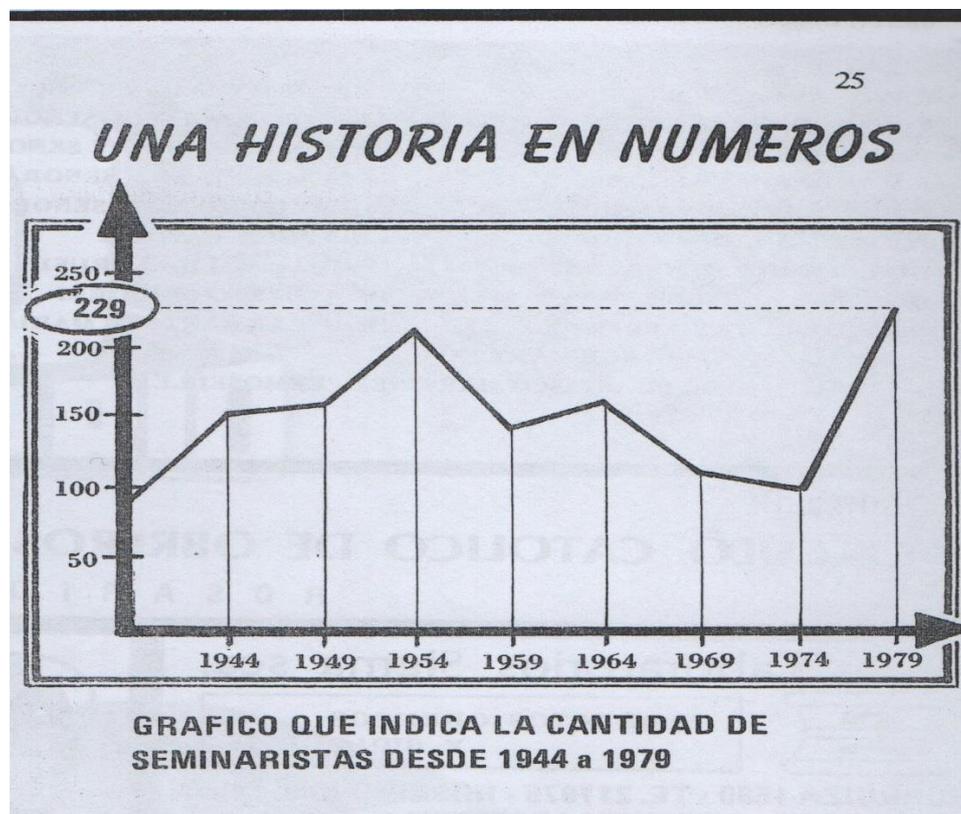
Como se puede deducir, los años posteriores a la crisis del clero alteraron la trayectoria formativa de muchos. Algunos seminaristas fueron trasladados por decisión del Arzobispo a otros centros formativos como Venado Tuerto y La Plata; en cambio otros optaron por abandonar Rosario y solicitar la continuidad de sus estudios en seminarios más afines al espíritu conciliar. También, este descenso de estudiantes quedó vivamente reflejado en la edición especial de *Simiente*, al cumplirse cuarenta años de la apertura del Seminario, en el año 1979. Un gráfico estadístico que refleja la evolución de los aspirantes al sacerdocio en aquellas cuatro décadas, muestra la estrepitosa caída de internos entre los años 1969 y 1974 como segmento temporal particularmente crítico, y a pesar de que contaban con tres niveles: preseminario (sexto y séptimo grado), seminario menor (nivel secundario) y seminario mayor

³³ En nota dirigida al Episcopado Nacional analizan las causas del conflicto enumerando, entre otros, el mecanismo escasamente participativo para la elección de obispos, la insensibilidad a los desafíos de los tiempos y la absoluta inoperancia de la Conferencia Episcopal Argentina.

³⁴ Comunicado de los Treinta Renunciantes cuatro días después de su renuncia, anexo al libro de Alejandro Mayol, *Los católicos posconciliares...*, p. 376.

³⁵ Entrevista citada a Pablo Sudar.

(Filosofía y Teología).³⁶Se aclara, además, en la reseña histórica de la revista, que “la casa no había cerrado sus puertas ni aún en los **momentos más difíciles**” [el subrayado es del investigador] y que, ya en 1979, “las aulas habían vuelto a llenarse de jóvenes”.



Revista Simiente Edición Especial Año 1979, pág. 25.

Por otro lado, San Carlos Borromeo, entre 1969 y 1972, pasó a estar dirigido por los Padres Sulpicianos y, designado como rector uno de ellos, el sacerdote norteamericano Lorenzo Bender, en el transcurso de esos tres años hubo un intento de seminario de puertas abiertas, *open house*, con inserción de los seminaristas en los barrios y participación de comunidades y grupos; en especial, juveniles mixtos, en actividades convocadas en las instalaciones de la casa de formación. En rigor, aquellos fueron sacerdotes de línea progresista, pero su experiencia no hizo sino avivar las tensiones dado que, en reemplazo de algunos de los formadores desplazados, y corroborando un rumbo educativo marcadamente tradicionalista, el Arzobispado designó nuevos profesores dominicos y jesuitas ultraconservadores, anclados en el tomismo. En esta dirección, una anécdota compartida por uno de los entrevistados revela la tensión entre uno de estos sacerdotes y el entonces seminarista Luis Collazuol: “(...) fue famosa la discusión entre Luis, quien cursaba conmigo

³⁶ Revista Simiente (Edición Extraordinaria), Rosario (1979), p. 25.

tercer año de Teología, que no era ningún revolucionario y actualmente es obispo, a quien le quería meter uno de los dominicos que el hombre fue creado del barro, ¡nada de evolucionismo! Como Luis le discutía, lo echó de la clase y lo puso de plantón en el pasillo. Era 1972.”³⁷ Efectivamente, estos sucesos no hicieron sino acentuar la diáspora. Si bien Collazuol fue ordenado en 1974 y veinticuatro años más tarde ascendido al orden episcopal en Rosario, otros desistieron ante lo que percibían como un retroceso formativo. Al cabo de tres años, los sulpicianos no vieron renovado su contrato. Sin duda, la decisión obedecía a anticipar un proceso de radicalización política que se profundizaba en los espacios eclesiales a medida que se aproximaba la década de los setenta.

En algunos casos, la ordenación se dilataba hasta volver insostenible la continuidad en la diócesis. En su testimonio, Magín Páez describe cómo en numerosas audiencias con Bolatti, este permanecía en la actitud de dejar en suspenso su ordenación como sacerdote diocesano. Finalmente, en uno de los últimos encuentros, el aspirante le comunicó su decisión de buscar otra diócesis. En respuesta, el Arzobispo no escatimó en ásperos comentarios: “...bueno, pero no te quedes por acá en las diócesis vecinas, como hicieron algunos renunciantes”.³⁸ Páez ya había entablado conversaciones con Monseñor Jaime de Nevares y partiría hacia la diócesis de Neuquén donde finalmente fue ordenado.

Como evidencia de que aquellos desencuentros se prolongaron más allá del episodio de los sacerdotes renunciantes, podemos señalar una carta elevada al Arzobispo por un grupo de seminaristas en mayo de 1971. El texto revela críticas a los cambios programáticos y paradigmáticos en los abordajes teológicos, tanto como a las decisiones adoptadas para la conducción de la casa de formación; y particularmente estas últimas cuestionaban la sustitución de Nardoni por el sacerdote Alfredo Sáenz (quien fuera a posteriori, en 1973, uno de los redactores de la Revista *Mikael*, baluarte del nacionalismo católico). Citamos extensamente:

Nos dirigimos a Ud. para manifestarle nuestro profundo descontento, con la actitud que se está tomando en este seminario con respecto a nosotros, en primer lugar Ud. nunca dio o da margen para el diálogo, además hemos tenido este año que soportar horribles humillaciones, por ejemplo la expulsión del sabio profesor Pbro. Enrique Nardoni, a la vez el ingreso en esta casa de profesores foráneos, de diversas congregaciones entre los cuales se encuentra el cerrado y obcecado rector

³⁷ Entrevista citada a Magín Páez.

³⁸ Entrevista citada a Magín Páez, relatando su paso por la diócesis de Neuquén.

de estudios P. Alfredo Sáenz, soportamos también el ingreso de seminaristas de su diócesis que se han sumado al grupo conservador y que habiendo llegado en este período lectivo pretenden arrasar con nosotros aduciendo que somos herejes, vendidos al judaísmo y otros calificativos insultantes.

Manifestamos también nuestro descontento ante los planes de estudio que se están formando, queriéndose imponernos vetustos planes y libros tomistas en vez de los que se están estudiando en seminarios modernos. Si algo nos da fuerzas es la brillante labor de los Padres Sulpicianos, quienes más que superiores son subordinados nuestros puesto que dialogando con nosotros aceptan y ponen en práctica nuestras ideas. Nos preguntamos por qué Ud. no puede dialogar con nosotros como lo hacen los padres L. Bender, R. Radaont y E. Cornier y enseñar sus modernas y científicas ideas evolutivas. Dialogue con nosotros Monseñor, no haga lo mismo que hizo con los sacerdotes renunciantes.³⁹

La comunidad, entre memorias y olvidos

Naturalmente, el impacto de aquellos conflictos en las comunidades ha sido disímil. Las entrevistas realizadas revelan que en general el cimbronazo fue intenso, dada la cercanía del Seminario y el rol que ejercían algunos de los sacerdotes formadores u otros que habían sido destinados a parroquias de la zona. Tal fue el caso de Luis Parenti, quien estuvo al frente de la comunidad de San José Obrero de Capitán Bermúdez, habiendo proyectado un importante trabajo social con el objetivo de obtener una bloquera para colaborar en la construcción de viviendas en una zona periférica.

Es preciso señalar que un número significativo de los entrevistados manifestaron haber experimentado conmoción por los acontecimientos sin comprenderlos hasta mucho después, porque en aquel momento la idea de obediencia, la fuerte sumisión a los principios de autoridad e infalibilidad papal, lo cegaban todo.⁴⁰ Por consiguiente, sólo la distancia temporal y el proceso mismo que realizaron algunas comunidades les permitió avizorar la proyección del planteo; concluyendo, en algunos casos, que se había llegado a confundir compromiso político con principios de colegialidad sacerdotal y promoción humana:⁴¹ mientras que otros testimonios afirman que en la comunidad prevaleció la idea de que todo fue parte del conflicto político que envolvía a la sociedad de entonces, y en especial, por el fuerte activismo gremial

³⁹ Carta a Monseñor Guillermo Bolatti, 14 de mayo de 1971.

⁴⁰ Entrevista realizada a Oscar Giampani, laico miembro de Acción Católica de la Parroquia San Roque de Capitán Bermúdez, 12 de septiembre de 2012.

⁴¹ Entrevista a Víctor Zoratti, dirigente de Acción Católica de la Parroquia San Roque, Capitán Bermúdez.

que se respiraba en la zona. Cabe recordar, en este sentido, los conflictos del Sindicato Químico Papelero con las empresas Celulosa Argentina y Electroclor, a fines de 1968, evidenciados en extensas jornadas de huelga. En posturas diametralmente opuestas y extremas, hay quienes sostienen que el episodio constituyó una verdadera guerra de ideas en la que se impuso la visión de rebeldía de un sector del clero,⁴² incluso, relacionado con las tendencias revolucionarias propias de la época; en cambio otros, los menos, dicen no recordar ningún conflicto relevante durante aquellos años.⁴³ Para Monseñor Sudar, en particular, hubo mucho desconcierto y desasosiego en el “pueblo de Dios”, porque los sacerdotes involucrados en la ruptura eran activos, generosos y comprometidos con sus comunidades, no obstante, a la vez considera que entre los factores de aquel tembladeral primó una ideologización muy fuerte, producto del contexto histórico de radicalización política y también, de lo que estimó como cierta impronta cultural argentina proclive a la intolerancia ante el disenso. Tal vez, se esperaba el desplazamiento de Monseñor Bolatti, tal como lo solicitaban quienes apelaban al *Odium Plebis* del Derecho Canónico y para tal fin se había procurado recopilar firmas que presentaron en la Nunciatura y el Vaticano, pero –como vimos– la respuesta del Papa fue la llamada al diálogo y a la conciliación con la autoridad.⁴⁴

Asimismo, el magisterio de la Conferencia Episcopal Argentina, en el Documento de San Miguel esboza algunas hipótesis sobre las causas de esta crisis en el sacerdocio, las cuales giran en torno a la premisa del embate de la secularización:⁴⁵ “No pocas veces, ha precedido una crisis de obediencia y autoridad, cuyas raíces se pueden encontrar en conflictos personales, en una desvalorización del magisterio de la Iglesia o, tal vez, en un menosprecio a la propia vocación sacerdotal frente a los juicios del mundo.”

Quizás, un documento inédito logre develar en parte la magnitud de aquella fractura y su imposibilidad de superación. Nos referimos a la carta que uno de los renunciantes elevó a Monseñor Juan Carlos Aramburu, en 1975, a fin de solicitar orientación para iniciar trámites de reducción al estado laical ante la Santa Sede:

En marzo de 1969 un grupo de aproximadamente treinta sacerdotes de Rosario presentamos la renuncia a nuestros cargos ministeriales diocesanos, porque no queríamos ser cómplices de una situación de injusticia y de pecado creada en la

⁴² Entrevista a Oscar Giampani, citada anteriormente.

⁴³ Entrevista a Vilma Cristalli, miembro del Apostolado de la Oración Capilla Ntra. Sra. de los Milagros, Capitán Bermúdez, 20 de octubre de 2016.

⁴⁴ Entrevista realizada el 17 de noviembre de 2016 a Guillermo Matteucci, quien durante los años setenta fue seminarista y miembro de la pastoral juvenil de la Parroquia San José Obrero, Capitán Bermúdez.

⁴⁵ “Conferencia Episcopal Argentina”, *Documento de San Miguel*, 1969.

Arquidiócesis, ni simular una comunión inexistente con el Obispo. Lo que entonces legitimaba nuestra actitud consistía fundamentalmente en sentirnos colaboradores del Orden Episcopal, más allá y a pesar de nuestro disenso con un obispo particular y su presbiterio. Pero poco a poco, a partir de nuestra renuncia, se fue desplazando el centro de gravedad del problema. Porque primero el Episcopado Argentino (considerado como cuerpo y no a través de algún obispo excepcional) y después Roma han aprobado y recompensado los procedimientos del Obispo de Rosario. Por eso algún tiempo después me preguntaba si podíamos continuar siendo colaboradores del Orden Episcopal; si coherentemente con la renuncia de 1969 no debíamos también renunciar al ministerio presbiteral por las mismas razones de entonces: para no ser cómplices y para no simular una comunión inexistente.⁴⁶

Hablar de memoria, y de memorias, implica pensar en los mecanismos con los que las personas construyen un sentido del pasado y enlazan ese pasado con el presente en el acto de recordar, pero también en el de olvidar. Por supuesto, este proceso es subjetivo, activo, aunque de ninguna manera individual. Según Halbwachs (2006), la memoria se produce en interacción con otros y en contextos sociales particulares. Se entrelaza en una trama social cuyos hilos son las palabras, las imágenes y las evocaciones, que se transmiten como legado intangible en los grupos sociales; por tanto, los individuos necesitamos, para construir memoria, de los miembros del colectivo social, porque simplemente resulta imposible recordar todo por sí mismos. Ahora bien, de la misma manera, en comunidad, se elabora el olvido.

¿Sería apropiado hablar de olvidos de la memoria? ¿Cómo comprender, entonces, que sucesos que llegaron a conmover comunidades y vidas individuales resulten actualmente ecos lejanos, desdibujados, o circunscriptos a grupos reducidos?

La memoria dominante ha dibujado sobre la Arquidiócesis de Rosario, a fines de la década de los sesenta y principios de los setenta, un escenario de connivencia con el poder de turno o, en el mejor de los casos, de desvinculación con los movimientos de cambio social, y en ese mismo flujo, ha tendido un manto de olvido sobre el impacto de ciertos lineamientos

⁴⁶ Correspondencia de Ernesto Sonnet al Cardenal Aramburu, enviada desde Bad Honnef, Alemania, el 17 de marzo de 1975, gentileza de la familia Borghi Páez de la localidad de Fray Luis Beltrán.

que se habían promovido desde el Concilio Vaticano II y el Documento de Medellín.⁴⁷ Memoria y olvido, en suma, son parte de un mismo proceso: no dos caras de una misma moneda, sino más bien, una condición constitutiva. La memoria colectiva, por tanto, también se nutre del olvido, lo que supone muchas veces la necesidad de superar el pasado a favor de la convivencia en el presente. La sociedad finge olvidar aceptando el silencio, y ese olvido es de por sí una operación de construcción. Cada generación, incluso, transmite a las venideras un proceso de selección y reagrupación de experiencias del pasado, atravesado por posicionamientos y necesidades presentes.

Entonces, si se admite que en procesos históricos traumáticos el individuo puede reprimir recuerdos asociados a esos acontecimientos como estrategia para evitar el derrumbe de sí mismo, también, podría un grupo o comunidad enmascarar una situación que trae aparejada la amenaza de la fragmentación; y en compensación, elaborar un discurso legitimador para recomponerse. En esto último, cabe suponer, se ve reflejado el proceso de construcción de la memoria dominante sobre los católicos rosarinos como sujetos sumidos en el tradicionalismo y la obediencia jerárquica.

En contrapunto, emergen otras voces de circuitos minoritarios que narran su experiencia más allá de la institucionalidad oficial, desarrollando un discurso propio de matriz progresista y horizontal, que clamó y que continúa clamando por otra forma de concebir la pertenencia a la Iglesia. Es lo que Pollak, precisamente, denomina memorias subterráneas, inaudibles, tal vez menospreciadas, pero sin duda, salvadas del olvido por quiénes las esgrimen.⁴⁸ Como se ilustra en estas palabras: “En Rosario quedó una huella imborrable, los que nos fuimos vivimos una experiencia decisiva...tendrían que hablar los que quedaron...aunque de afuera se veía el miedo y el sometimiento, a muchos los aplastó la estructura y los retrocesos...”⁴⁹

Las memorias subterráneas son capaces de pervivir en silencio durante largos períodos y aun así no desaparecen; se conservan en la esfera familiar y en las pequeñas comunidades. No obstante, como la lava en los volcanes, emergen y encuentran canales de difusión, fundamentalmente, cuando se disparan situaciones análogas. Crisis, tensiones y conflictos, en un marco de movilización social, son condiciones para que muestren, cada tanto, su carácter eruptivo.

⁴⁷ Eliana Lacombe, “Las dos Iglesias: memorias sobre el surgimiento de la corriente tercermundista en Córdoba”. *Sociedad y religión*, Vol.24, N° 41 (2014), pp.119-150. [Recuperado el 24 de enero de 2018], http://www.scielo.org.ar/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S185370812014000100005

⁴⁸ Michael Pollak, *Memoria, olvido, silencio...*, p. 20

⁴⁹ Entrevista citada a Magín Páez.

Lejos de resultar esta investigación una posibilidad de hallar el consenso entre las narrativas construidas por los actores sociales, en todo caso, lo que pone de manifiesto es la coexistencia de relatos, que revela, a su vez, la puja por la resignificación del pasado en el presente y de lo que se espera sea el futuro: la memoria como un permanente campo de batalla.

Bibliografía

- Auza, Néstor Tomás. *La Iglesia Argentina*, Buenos Aires: Ciudad Argentina, 1999.
- Anguita, Eduardo y Caparrós, Martín. *La voluntad. Una historia de la militancia revolucionaria en la Argentina*. Tomo I, Planeta, 2006.
- Baltuzzi, Ángel. *Cristianuchos: católicos en la política*. Buenos Aires: Paso de los Libres, 2016.
- Casapíccola, Darío. *La iglesia partida. Rosario: La crisis de 1969*. Buenos Aires: Logos, 2016.
- Conferencia Episcopal Argentina, *Documento de San Miguel*, 1969.
- Conferencia del Episcopado Latinoamericano, *Documento de Medellín*, Buenos Aires: Ediciones Paulinas, 2005.
- Costa, Carlos. *Historia de la Arquidiócesis de Rosario 1898-1939*, Tomo I, Rosario: Ed. del autor, 2006.
- Di Stéfano, Roberto y Zanatta, Loris. *Historia de la Iglesia Argentina*, Buenos Aires: Sudamericana, 2000.
- Farrell, Gerardo. *Iglesia y pueblo en Argentina. Historia de 500 años de evangelización*, Buenos Aires: Patria Grande, 1992
- Gheerbrant, Alain. *La Iglesia rebelde de América Latina*, Buenos Aires: Siglo XXI, 1970.
- González, Lydia y García Conde, Luis. *Monseñor Jerónimo Podestá. La revolución en la iglesia*. Instituto Histórico de la Ciudad de Buenos Aires, 2000.
- Lanusse, Lucas. *Cristo revolucionario, la Iglesia militante*, Buenos Aires: Javier Vergara Editor, 2007.
- López, Mauricio. *Los cristianos y el cambio social en la Argentina*, Tomo I, Buenos Aires: Alfa, 1989.
- Magne, Marcelo. *Dios está con los pobres*, Buenos Aires: Imago Mundi, 2004.
- Mayol, Alejandro. *Los católicos posconciliares en la Argentina*, Buenos Aires: Alfa, 1970.
- Pollak, Michael. *Memoria, olvido, silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*, La Plata: Al Margen, 2006.

Zanca, José. *Los intelectuales católicos y el fin de la cristiandad*, Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2006.

Artículos

Lacombe, Eliana, “Las dos Iglesias: memorias sobre el surgimiento de la corriente tercermundista en Córdoba”. *Revista Sociedad y religión*, Vol.24, N° 41 abril (2014), pp.119-150.

López Tessore, Verónica, “De silencios, olvidos y memorias ‘invisibles’: el caso de las experiencias católicas ‘liberacionistas’ en Rosario”; *Historia Regional*. Sección Historia. ISP N° 3, Villa Constitución, Año XXX, N° 36, junio (2017), pp. 45-57.

Sapei, Pablo y Acosta, Mariángeles, “Laboro per la Celulosa. Apuntes en torno a la inmigración abruzzesa al por entonces pueblo de Juan Ortíz”. Ponencia pronunciada en *IV Congreso de Historia de los pueblos de la Provincia de Santa Fe*, Esperanza, 2005.

Stojanovich, Agustín, “De silencios y agitadores: apuntes sobre la construcción del otro negativo en el discurso y la prensa gráfica. Monseñor Guillermo Bolatti y los curas renunciantes. Rosario. 1969”. Tesis de grado, Universidad Nacional de Rosario, 2015.

Publicaciones

Revista Simiente. Año 1960

Revista Aniversario 75 Años. Seminario Arquidiocesano San Carlos Borromeo, Rosario, 2014.

Entrevistas

Lupori, Oscar, 8 de junio de 2012, en Rosario (Sta. Fe).

Costantino, Elsa, 18 de junio de 2012, en Capitán Bermúdez (Sta. Fe).

Giampani, Oscar, 12 de septiembre de 2012, en Capitán Bermúdez (Sta. Fe).

Parenti, Luis, por Stojacovich, Agustín, 2015, Rosario (Sta. Fe).

Zoratti, Víctor, 20 de octubre de 2016, en Capitán Bermúdez (Sta. Fe).

Cristalli, Vilma, 20 de octubre de 2016, en Capitán Bermúdez (Sta. Fe).

Matteucci, Guillermo, 17 de noviembre de 2016, en Capitán Bermúdez (Sta. Fe).

Borghi, María Andrea, 15 de mayo de 2017, en Fray Luis Beltrán (Sta. Fe).

Sudar, Pablo, 29 de septiembre de 2017, en Capitán Bermúdez (Sta. Fe).

Páez, Magín, 17 de octubre de 2017, en Plottier (Neuquén).